

**DIVINIZAR LO COTIDIANO:
LA VIDA OCULTA DE JESÚS [271]**

Contemplación – 2025

¡Qué gusto, queridos hermanos, compartir estos Ejercicios Espirituales!, y en concreto, un aspecto de la vida del Señor que es inspirador, **Su vida oculta**.

Es algo que viene en el Evangelio narrado de una manera aparentemente anecdótica. ¡Treinta años se cuentan en dos versículos! Decíamos, cuando reflexionábamos sobre la pérdida y hallazgo del Niño en el Templo que Jesús, después de aquel acontecimiento, bajó con ellos -con José y María- a Nazaret y vivía sujeto a ellos, y Su madre conservaba estas cosas en su corazón y Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

[271] DE LA VIDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR DESDE LOS DOCE AÑOS HASTA LOS TREINTA ESCRIBE SANT LUCAS EN EL CAPÍTULO 2, 51-52.

1º Primero: Era obediente a sus padres.

2º (*Aprovechaba en sapiencia, edad y gracia*).

3º Parece que ejercitaba la arte de carpintero, como muestra significar Sant Marco en el caplo, sexto: (*¿Por aventura es éste aquel carpintero?*).

1º preámbulo: La historia

«Jesús volvió con ellos a Nazaret y vivió sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón. Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres». **(Lc 2,51-52)**

Petición:

[104] Demandar lo que quiero: será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

PUNTOS

Desde los doce años y desde antes hasta los treinta, Jesús vivió en Nazaret como uno más una vida oculta. El ministerio público de Jesús, los milagros, la predicación, su Pasión,

Muerte y Resurrección ocurrieron en tres años. ¿Qué significan entonces esos treinta años de la vida oculta que incluyen también el período que vivió en Egipto? ¿Para nosotros son simplemente una preparación para esos tres años públicos?, ¿o tienen en sí mismos un valor, una densidad, una importancia? ¡por supuesto que sí la tienen!

Que Jesús haya vivido una vida oculta nos habla de que la vida cotidiana, de que la vida ordinaria, la vida sencilla tiene un valor infinito delante de Dios. El mundo en que vivimos nos propone que lo extravagante, lo llamativo, lo que es noticia, lo que sale de lo cotidiano es lo valioso, lo relevante. En cambio, Jesús nos enseña lo de cada día: el trabajo, la vida de familia, el estudio, las cuestiones ordinarias de la vida de la casa, de un hogar, desde lavar o cocinar, organizar una habitación, tienen un valor inmenso delante de Dios.

Jesús creciendo y viviendo como uno de nosotros nos enseña esto: que **el quehacer corriente y ordinario tiene un sentido divino**.

De hecho, dice el Libro del Génesis que Dios puso al hombre en el jardín del Edén para que lo trabajara (**Gn 2,15**). El mundo en que vivimos nos propone que la vida ideal es vivir de vacaciones; ojalá en un yate, en medio del mar, tomando el sol y haciendo nada.

Y resulta que el trabajo para nosotros no es simplemente el medio para ganar dinero, para sostener una familia, sino que es **lo que le da sentido a nuestra vida**. Eso nos enseña Jesús: que el trabajo -la actividad cotidiana- es mucho más que un medio para ganar dinero, o para llevar adelante un proyecto, o un plan, o un periodo previo a otro tiempo luego de descanso. Es ante todo el espacio en el cual nosotros maduramos, nos purificamos, conocemos a Dios. Tiene un sentido divino.

Por tanto, no debemos cansarnos de llenarnos de admiración al pensar que treinta años de vida oculta de Jesús son la mayor parte de su existencia en medio de nosotros. Años aparentemente de sombra, de escondimiento, pero en realidad para nosotros **son años de luz**. Porque el modo de vivir de Jesús en esos treinta años nos da proyección a nuestra propia vida; que nos dice que si tienes una vida ordinaria, sencilla, como la de muchos, es una vida en la que está presente Dios.

La vida que vale la pena no es la vida que sale en los periódicos. La vida que vale la pena es la que se parece a la de Jesús, que es aquella que vivió Jesús durante seis lustros.

Jesús era el hijo del carpintero. En latín se dice el «*Fabri Filius*». Ese es Su título. Tenía un oficio, tenía un trabajo, tenía una actividad por la cual era conocido, tenía un prestigio.

Probablemente era más en general un artesano. Solucionaba problemas. Si venía alguien a decirle “se me dañó una ventana, se me dañó una silla”, Jesús tenía que emplear su creatividad, su ingenio para solucionar un problema con herramientas básicas, con las limitaciones propias de la época. No había la revolución tecnológica para solucionar un problema. No ibas a una plataforma de pedidos para que te llegara a domicilio lo que necesitabas. Lo tenías que hacer con tus manos. Es muy importante en Jesús el tema de las manos. Jesús en Sus manos tomó a los niños. Jesús en Sus manos tomó el pan.

Pero también nos recuerda que, aunque hoy cada día parezca menos claro, la vida humana tiene que ver con la artesanía, con el trabajo manual, el escribir, aunque sea teclear

las teclas de un ordenador (de un computador), también tiene que ver con las manos. Y esto nos habla de la importancia de tocar.

El Papa Francisco, en el último documento sobre el Corazón de Jesús¹, nos dice que las **características del amor de Jesús son la cercanía, la compasión y la ternura**. Y eso supone el tacto, el contacto físico, el dar la mano, el abrazo. Las manos de Jesús son muy importantes y nos inspiran.

La vida pública de Jesús.

Después de este tiempo de treinta años de vida oculta, vendrán los años de vida pública. Y se nos dice en el Evangelio que cuando oyeron a Jesús predicando, cuando lo vieron haciendo milagros, la gente se sorprendía y decía: «Pero, ¿quién es este? ¿Dónde ha aprendido tantas cosas? ¿No es el hijo de María y José? ¿No viven sus parientes entre nosotros?» (Cf. Mt 13,54-56). Es decir, la vida de Jesús para los que lo conocían, era tan sencilla, tan normal, que cuando apareció dando discursos, todos se sorprendieron. Es decir, vivió una vida verdaderamente normal, una vida verdaderamente sencilla. Y en ese sentido, pues también nos inspira a reconocer que también nosotros estamos llamados a no tener que hacer cosas extravagantes ni a llamar la atención.

Hay santos en la Iglesia, como por ejemplo San José María Escrivá, que se han sentido movidos a imitar la vida oculta de Jesús. Es mucho más común ver santos que han querido imitar la vida pública, con la predicación, etc. La vida oculta, por ejemplo, también San Carlos de Foucault. Han querido varios santos imitar la vida del Señor, vivir de la sencillez de Nazaret, vivir en la pequeñez, en el ocultamiento, copiar en la propia vida la vida de la familia de Nazaret. Y eso también resulta supremamente inspirador.

Si permanecemos en medio del mundo haciendo las cosas normales -el taxista manejando un taxi, el empresario llevando adelante sus negocios, el estudiante cumpliendo sus deberes, el investigador, el obrero, el artesano- todos estamos llamados, cada uno en nuestro lugar, a encontrarnos con el Señor. Y, por tanto, la vida oculta de Jesús resulta, para todos, una inspiración.

También es importante en la vida oculta de Jesús la figura de José y la figura de María.

José: padre adoptivo de Jesús.

Podemos en primer lugar entender que José vivió de una manera coherente. Vivió tratando de transmitirle a su propio Hijo lo que tenía. Procuró enseñarle la tarea, es decir, el arte de la carpintería. Le transmitió una manera de trabajar, no solamente cómo cuidar la madera, una manera de tratar a los clientes, una manera de cobrar, una manera de vivir con lo que recibía por su trabajo. Le enseñó a trabajar. Aprender a trabajar es muy importante. No sólo para buscar lo que el mundo occidental de nuestro tiempo buscaría, -eficacia, productividad, ganar dinero-, sino que el trabajo tiene un sentido más allá de ganar dinero, que es el de dignificar al que trabaja, servir a la sociedad. **Hacer las cosas bien**

¹ PAPA FRANCISCO, *Carta Encíclica “Dilexit nos”*, Sobre el Amor Humano y Divino del Corazón de Jesucristo, 24 de Octubre del año 2024.

hechas -no simplemente por un lucro económico-, es toda una inspiración para una vida más profunda y más plena. Y en ese sentido, José le enseñó a Jesús. José amó a Jesús como un padre ama a su hijo. Le enseñó lo mejor que tenía. Le dio todo lo que poseía. Se jugó la vida por Él, protegiéndolo al llevarlo a Egipto y luego de regreso.

Podríamos decir que de hecho el título, como lo hemos dicho, con el que conocían a Jesús era «*Fabri Filius*», el Hijo del artesano. Jesús era el Hijo del carpintero entre los suyos. Es decir, la identidad de Jesús es aquella de José: el Hijo del carpintero. Jesús no tiene que tener una identidad conseguida de manera autónoma, individualista, sino que José es aquel que le enseña. O sea, Jesús se deja enseñar. Eso es lo que decía el Evangelio hace un momento. Jesús crecía en sabiduría, estatura y gracia (**Lc 2,52**). Dejarnos enseñar.

La vida oculta de Jesús nos permite muchas veces salir de rebeldías, salir de disidencias, salir de antagonismos. Muchas veces hay familias en las cuales el hijo quiere ser como el padre, pero en muchas otras no quiere ser como el padre. Este dejarnos transmitir de los mayores la autoridad, las enseñanzas, también resulta sumamente inspirador.

Para tener vida interior, para reconocer a Dios en la vida ordinaria, es importante saber que no hay que hacer cosas raras. ¿Qué haces tú? ¿Trabajas en una oficina contestando correos electrónicos? Ahí puedes encontrar a Dios. ¿Trabajas en un campo arando la tierra? Ahí puedes encontrar a Dios. No se trata simplemente de buscar un trabajo que me satisfaga en términos de que me produzca placer.

A veces también esa labor oscura, repetitiva de una persona, por ejemplo en un hospital, de un médico, de un enfermero, que tiene que trasnochar, o también la obra de alguien que hace el mismo tipo de tareas, poniéndose ellos sobre un papel, eso también es digno de ser santificado porque **lo que les da valor a los actos delante de Dios** no es lo llamativos que sean, **sino el amor que se les pone**. Cuando tú haces, aunque sea lo más sencillo, una llamada telefónica, limpiar un piso con una escoba, y lo haces con amor, eso es lo que le da relevancia delante de Dios. Y esto es muy importante.

El cristiano está llamado a ser una persona común y corriente. Hay veces que se escucha: “Yo soy un abogado católico”; como si el término “católico” le diera más relevancia al ser abogado. Lo que quiero decir es que yo no puedo ser un abogado católico si no soy un buen abogado. O sea, Jesús es el Hijo del carpintero que no por ser Dios va a santificar lo que hace, pero sí por tener una competencia propia de la tarea que hace. Yo no puedo decir que soy un médico católico si soy un mal médico. No puedo decir que soy un investigador católico si soy un mal investigador. O sea, lo religioso, lo espiritual, no puede ser un sobre añadido que viene a cualificar las cosas que yo hago como desde fuera.

Yo ante todo **tengo que humanamente, como Jesús, ser competente, ser servicial y hacer las cosas bien**. Y esto es fundamental.

El taller de José: una escuela.

Ese taller de José, esa vida oculta en Nazaret, se convierten para nosotros en una escuela, en un camino. Y es fundamental una idea y es la de comenzar y recomenzar, renovarse cada día. A todos nos pasa. Las cosas van cambiando en el ámbito profesional. Tenemos que

aprender las nuevas tecnologías, aprender las nuevas técnicas. Pero eso no sólo pasa hoy, ha pasado siempre. Pero ya no solamente en términos de competencia profesional, sino espirituales. Tenemos que comenzar y recomenzar cada día.

La vida ordinaria nos dice que **la santidad no es no caer, que la santidad es no quedarse en el suelo**, como enseña el Papa Francisco. Eso es lo que significa comenzar y recomenzar. Que cuando tú quieres aprender una tarea manual, artesanal o también intelectual, la única manera de lograrlo es volver a empezar y reemprender la tarea. Si eres guitarrista y quieres aprender las posturas para tocar el instrumento, la única manera es hacerlo una y otra vez. Comenzar y recomenzar, aunque te duelan los dedos, aunque te parezca imposible, aunque te parezca que no lograrás la destreza, la ligereza, la velocidad. Y a fuerza de volver a comenzar, logras tener esa competencia que necesitas. La vida ordinaria nos dice eso. Muchas veces haremos las mismas cosas, las mismas tareas. Yo de sacerdote celebraré la misma Misa, que nunca será la misma.

Hacer las cosas por amor a Dios - ¿Vida ordinaria o extraordinaria?

Y ahí está la clave, que en eso que parece rutinario, que parece a veces encerrarnos en lo mismo, en realidad encontramos a Dios, porque **cuando lo hacemos para Dios, nada es lo mismo**. Cuando hacemos las cosas para Dios como las hizo Jesús, todo es distinto, porque siempre nuestra circunstancia será diferente. Tendremos una temática distinta. Tendremos una situación interior, emocional, psicológica, espiritual distinta.

Entonces, la vida ordinaria (la vida oculta) pareciera oponerse a la vida extraordinaria. A veces nosotros nos ponemos a soñar: “Yo cuando me gane la lotería voy a ayudar a muchos pobres”. “Yo cuando tenga mucho dinero voy a dar una vuelta al mundo”. Y tenemos unos sueños que en sí mismos quizás no están mal, pero como que nos hacen pensar que las grandes hazañas de la vida suponen hacer cosas de superhéroes, de películas de Marvel. Y eso es un poco lo que se nos propone: querer ser como súper-personas.

Pero la vida ordinaria de Jesús nos enseña que el heroísmo, que lo extraordinario, que el llegar lejos, está en la pequeña tarea de cada día: Que te levantes temprano por la mañana, que procures sonreír a todos, que trabajes con constancia, que no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy. Y en ese pequeño “tejer” la vida ordinaria, vamos encontrando que nuestra vida se hace extraordinaria.

Es como el pequeño ladrillo que va construyendo un muro y puede luego levantar un edificio impresionante, una muralla inexpugnable, a fuerza de pequeños bloques, de pequeños ladrillos colocados con paciencia, a pesar del cansancio, a pesar de las dificultades, a pesar de las adversidades. **A esa santidad ordinaria estamos llamados todos**. Quizás algunos estén llamados a ser mártires, a entregar su vida por Cristo, a derramar su sangre. Pero está claro que eso no será para todos. Pero para todos, incluidos los mártires, está la vida ordinaria, que se nos pone delante también como un desafío, como una oportunidad preciosa. Y esa es la que nos enseña.

En los deberes de estado, de padre, de madre, de hijo, en la profesión, en el trabajo, en la familia, en el trato social, en el propio sufrimiento cuando nos llegue la enfermedad, en

el de los demás hombres cuando los tengamos que acompañar, en la amistad, en el afán de realizar lo bueno y lo justo de manera santa, ahí está Dios, ahí está la plenitud de nuestra vida. Y esto es un mensaje realmente muy poderoso, porque a veces pensamos que mi vida será feliz cuando yo “quién sabe qué haga”, cuando corra tres maratones, escriba cuatro libros, vaya a la luna y haya salvado a cuántas personas. Y resulta que haces eso cuando cada día trabajas con amor y con sencillez.

La simpleza de la vida cotidiana

También, y finalmente, una última idea que nos puede ayudar, es que los años de Jesús, esos treinta años que no fueron pocos, aparentemente pasaron en una aldea que hoy día sabemos que no aparecía en ningún mapa prácticamente, una aldea perdida de la última provincia del Imperio Romano. Él no vivía en la urbe, ni estaba relacionado con las personas poderosas. O sea, la sucesión monótona de hechos sencillos, de un amanecer, de un saludar, de un encuentro con una persona, constituyó y entretejió la vida de Jesús.

Jesús muchas veces estuvo cansado. Se nos cuenta en el Evangelio de San Juan, (**Jn 4,5-7**), por ejemplo, que cansado bajo el peso del día y el calor se sentó, va junto al pozo de Sicar a tomar un poco de agua y ahí encontró a la samaritana y le empezó a hablar. Jesús es un hombre que se cansaba. Lo vemos alguna vez a Jesús con Su rostro anegado en lágrimas por la muerte de Lázaro (**Jn 11,35**). Jesús tuvo una vida normal. Lloró por sus amigos cuando su gran amigo murió. Una vez también se durmió en la barca (**Mt 8,24**) en medio de las olas. Estaba agotado del trabajo. Jesús se cansaba. Jesús también se reía y se alegraba con los niños (**Mc 10,16**), con los sencillos. Jesús compartía con los amigos. Dice que Jesús visitaba a los pecadores, por ejemplo, a Leví (**Mc 2,15**) o a Zaqueo (**Lc 19,7**), y lloraba también porque la gente de Jerusalén no se quería convertir (**Lc 19,41-42**). Jesús era un ser humano. Dios y hombre.

Conclusión.

¡Qué maravilla pensar que mientras más humano seas, más divino serás! Mientras más sencillo seas, más elevado serás. Mientras más “normal” seas, menos extravagante, menos rebuscado, menos afectado, **serás más de Dios**. Y esto nos ofrece entonces un panorama precioso, porque no tenemos que hacer nada raro más que apropiarnos de nuestra propia realidad. Mientras más aproveches y disfrutes el trabajo, el estar en tu casa, con los tuyos, redescubrir el amor de la familia, redescubrir las amistades, compartir un poco de comida, tomarte una cerveza con los amigos, esa es la vida santa. Esa es la vida que Dios quiere. La vida sencilla, sin excesos, sin extravagancias. El salir y caminar por un sendero tranquilo en el campo. El dormir serenamente las horas de la noche. Todo esto, **toda esta vida cotidiana y sencilla es la vida de Dios**. No tenemos que hacer nada del otro mundo. Así que pienso que esto es un mensaje maravilloso que nos inspira.

Coloquio.

Que la vida oculta de Jesús nos llene de amor, nos llene de ilusión por encontrarnos con Él cada día. Que Dios los bendiga.